

LEGADO
FRANCISCO
BUENO GARCÍA
Masbuera Rentals

La Novela de Hoy

30
cTm/



PEÑACÓ
XXIV



EL JUEGO
DE LA VIDA

POR ARTEMIO PRECIOSO



LEGADO
FRANCISCO
BUENO GARCÍA
Masbuera Rentals

La Novela de Hoy

30
ctm.



PENASO
XXIV



EL JUEGO DE LA VIDA

POR ARTEMIO PRECIOSO

LA NOVELA DE HOY

DIRECTOR ARTEMIO PRECIOSO

Oficinas Mendizábal, 42.—Teléfono 24-53 1—Apartado 473

Año III || Madrid, 28 noviembre de 1924 || Núm. 133

El juego de la vida

NOVELA POR

ARTEMIO PRECIOSO

Ilustraciones de PENAGOS



MADRID
SUCESORES DE BIVALENTEIRA (S. A.)
Pasaje de San Vicente, 20.
1924

— 30 —

Poco a poco, Margot fué más asidua en la mesa, hasta que se dedicó a ella con el loco frenesí de sus nervios... Jugaba fuerte *apuntando*, pero era cobarde de *banquera*, y, ¡claro!, los resultados no se hicieron esperar... Después de los de *Chelito*, sus pendientes eran los más *gordos*. ¡Y ni Elisa ni Margot dejaron de llevar sus alhajas ni un solo día! Esto me demostraba una vez más que las mujeres ponen siempre su amor a las joyas por encima de casi todas las virtudes y de casi todos los vicios...

El pintor Valiente sufrió, como era lógico, las adversidades de Margot, y, a pesar de sus manifestaciones un tanto ingenuas, su cartera sintió más de una noche la mala suerte de la amiga... ¡Querido Valiente! ¡Recuerda lo que le dije la noche que fué usted presentado a mí? Después de elogiar—galantería obligada—la belleza de mis ojos negros, la blancura de mis dientes y la gentileza de mi cuerpo, un poco frágil en apariencia, insinuó Valiente el tema que le obsesionaba: que Margot no le era gravosa; que era *una cosa* de capricho, sin interés metálico por parte de ella...

—¡Tanto peor para usted!—le dije yo—. Las mujeres más caras son aquellas que, tras el primer dulce combate, no piden soldada; aquellas que sólo exigen de los hombres la promesa de no olvidarlas, de quererlas *un poco*... ¡Cuánto cuesta luego este *poco*!

Y es verdad. Sólo que el hombre, que es en muchas cosas, por paradójica que la afirmación parez-



ca, más femenino que nosotras—lo cual quiere decir también más artista—, prefiere, como ha dicho Ferragut, la *bella mentira* a la *dolorosa verdad*, y gusta más de dar miles de pesetas en una aventura de *corazón*, que mil en un contrato erótico-mercantil.

IV

Era a la vez de los más asiduos un señor llamado don Plácido Mateos, hombre seráfico y cargante, que reía y sonreía por todo, y que la única forma de soportarlo era cuando perdía; que cuando ganaba o se mantenía a la par, hablaba por los codos, pero sólo sandeces irritantes. Iba casi materialmente forrado de metal, desde la pulsera de cadena—no sé si llevaba collar—hasta los dedos, repletos de anillos... Peinaba con raya en medio, una raya ancha cual un camino vecinal, y como el casco lo tenía rojo, la raya parecía una longaniza incrustada a lo largo del cráneo. Una leyenda que iba de boca en boca atribuía a Mateos la virtud más que heroica de enamorar ancianas, viudas o solteras, ricas, por supuesto, que morían después de la bendición, de felicidad o de agotamiento...

Un matrimonio inglés, compuesto por una señora de unos cincuenta años, cubierta de brillantes como avellanas, y de un señor alto y enjuto, sin una alha-

ja, ambos hablando perfectamente español, solía acudir por las tardes, y jugaban en silencio, como si practicasen un rito... Había entre ellos una completa separación de bienes: el *tuyo* y el *mío* reinaban con todo fervor; pero eran correctos, nobles... ¡Qué razón hay al decir que es en el juego donde mejor se conoce a las personas! Individuos que de buena fe creen estar bien educados, ser naturalmente correctos, juegan, y al perder pronuncian palabras groseras, nauseabundas; crisan los puños, y se maldicen públicamente, cuando no tiran airados las cartas. Pero tan grosero y ordinario es quien *no sabe perder*, como quien se muestra alborozado cuando gana, y charla y bromea porque le sonríe la suerte... Es difícil, bastante difícil, según mis observaciones, *saber jugar*, mostrarse correcto e impasible—en apariencia al menos—, lo mismo con *la buena* que con *la mala*... El mismo Luis Andrés, conde del Perol, que se sentaba junto a mí muchos días, agredía con ironías o palabras directas, cuando él tenía el santo de espaldas, a los afortunados... Es difícil, es difícil, quizá una de las cosas más difíciles de este mundo, *saber perder*... Generalmente, los incorrectos en el juego, como los incorrectos en el comedor, *no se dan cuenta*, y creen que su conducta podría ser puesta de modelo en un tratado de urbanidad. Otros, sí, se dan cuenta *después*, y éstos están en camino de salvación; no son irredentos, y pueden llegar a buen grado de civilización...

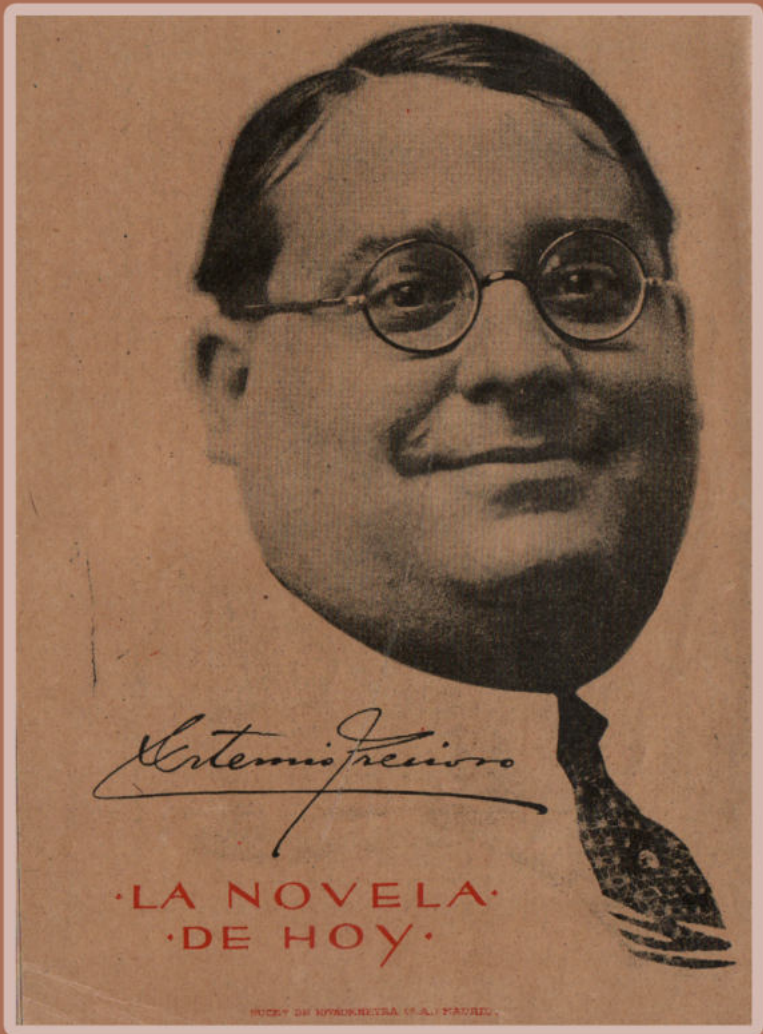
Alberto Ariel, el tan discutido como popular nove-



PERALTA
XIV

lista, es uno de los hombres que más me gusta ver en la mesa de juego... Gane o pierda, su cara no se conmueve. Más serio aún—gran delicadeza—cuando gana que cuando pierde, tenía todas mis simpatías este verano, y muchas veces íbamos *en sociedad*... Es decir, hasta que Ketti, la famosa danzarina yanqui, se interpuso con su cabellera rubia y su voccecita de niña mimada, y comenzó un *flirt* sin tapujos ni rati-magos con mi ilustre compañero de letras...

Serafín Camino, un madrileño castizo, que había sido jugador de oficio, y que se jugaba al treinta y cuarenta cantidades fantásticas, solía también darse una vuelta por la mesa del bacarrá. Este hombre daba con su conducta intachable y con su sonrisa



Artemio Precioso

·FRANCISCO BUENO GARCÍA·
·LA NOVELA·
·DE HOY·

EDITADA POR MASCARELLA S.A. BARCELONA